

hechos a imagen de DIOS

*Sugerencias bíblicas
sobre el sentido religioso
del hombre a través
de los hechos clave en
la historia de la sal-
vación.*

Crear no es sólo «hacer de la nada»



A filosofía formula sus verdades como puede, pero sus formulaciones no siempre resultan adecuadas.

Nos enseñaron (casi como punto de partida de cualquier verdad, por elemental que fuese) que uno y uno eran dos. Y es precisamente Dios quien vino a poner

en entredicho esa verdad tan elemental. En el orden divino, diciéndonos que había que afirmar que uno y uno y uno se-
gún siendo uno. Y el orden humano diciéndonos que cuando
se suman un hombre y una mujer, el resultado no son dos,
sino una sola carne, una sola lágrima, una sola vida compari-
da... Porque más allá de las formulaciones filosóficas, hay
todavía más verdad.

Crear es hacer de la nada. Pero Dios ha puesto mucho
corazón en la creación. En realidad la creación es como la sa-
lida de Dios de sí mismo, con un afán de comunicar bondad,
con un deseo, que de hecho no reprimió, de tener hijos y de
apostentarlos a su gusto. Es su lenguaje inicial (y cuando al-
guien habla nos entrega mucho de su intimidad). Un lenguaje
rico, variado, magnífico... siglos y siglos sin intérprete. Fue

su primer paso de acercamiento hacia el hombre: hacerlo y
enseñarle a leer en la creación.

Por eso es demasiado poco decir que el hombre «fue he-
cho de la nada» cuando fue, desde siempre, un proyecto muy
acercado en el corazón de Dios.

Y las actitudes religiosas del hombre ante el hecho **revela-
do** de la creación, se originan en una doble fuente: un Crea-
dor Señor total (con derecho a vida, muerte y aniquilamien-
to) y un Padre, arquitecto impar, a quien se le ocurrió cons-
truir la casa de sus hijos, hacerla fastuosa e íntimamente
habitabile (con los detalles de los ramos de rosas a voleo
por el planeta, y con una pecera irrepetible que llamamos
«los océanos» porque en el singular no cabe tanta especie
de maravilla submarina).



Y vio el hombre que la luz era buena

Las actitudes religiosas de una criatura ante el hecho de la creación, casi pueden contenerse todas precisamente, en esa frase que la Escritura atribuye al visto bueno, que Dios fue dando a todas sus creaciones.

El hombre debe ver esa pujanza de la luz inicial: cuando todo nace, y todo se desarrolla. Es la pujanza del bien.

Y el hombre debe habituarse (sin acostumbrarse) a esa presencia de Dios que no se expresa adecuadamente por su inmensidad filosófica. Es un aliento permanente en las cosas (y quizás es la brisa sobre los arbustos, sobre las olas y sobre las especulaciones de cualquier Nicodemo). Sentirse sostenido con la fuerza y el cariño de la creación inicial.

Y el hombre debe habituarse al diálogo con Dios: sólo con mirar, con admirar, con ir a la fuente, con puntualizar (aunque sea con el microscopio o con la taxonomía) los detalles del mismo divino.

Y el hombre tiene que reflexionar que el amor tiende a

igualar. No ser como dioses (y en el fondo de la frase una rivalidad admitida), pero sí sus amigos, de alguna manera igualados en la inmortalidad (porque Dios creó a los hombres inmortales... y a pesar de todo no se resignó a que dejásemos de serlo).

Y el hombre tiene que abandonarse (a veces superando el caparazón de una experiencia existencial limitadísima y quizás nauseabunda) a una voluntad filosóficamente dominadora, pero bíblicamente amorosa y llena de cariño.

Y el hombre tiene que adiestrarse en eso que se llama la adoración: que la pide casi la estrella y el trueno (y por eso los adoraron los hombres que llamamos primitivos, olvidándonos que los siglos venideros incluirán al homo sapiens del siglo XX en el conglomerado de los hombres primitivos). Adoración que supone ponerse en su sitio, con toda la contingencia existencial que sería amarga si permaneciese obstinadamente encerrada en sí misma.



Y el hombre debe hacer el aprendizaje de la alabanza. Cuando alabamos nos desegoistizamos. Dicen que desde la infancia hay que ir creando la capacidad de admiración, que supone cierta inteligencia, un refinado desarrollo sensorial y una especie de rayos X vivencial para tratar de llegar siempre a la esencia más íntima de las cosas.

También Dios pasó por el «riesgo» de tener hijos

Dios es el Señor. De una manera definitiva. Dando a esta palabra un contenido que era más cercano en aquellos tiempos de los señores orientales o de los amos y los esclavos. Señor con todos los derechos: hasta el aniquilamiento. Mucho más el exigir el sufrimiento que nace de la contingencia humana y de los desajustes en el comportamiento de las criaturas. Señor con derecho a un Decálogo que tenga valor de ley, aunque Dios quiera darle el valor de un pacto de amistad.

Y la actitud religiosa del hombre es la obediencia, la sumisión aceptada y ofrecida de todo.

Pero el hombre obediente es hombre libre: y su libertad hace de su persona un misterio, con posibilidades para arruinar toda la creación, o por lo menos el plan primitivo de Dios. La obediencia, que es una actitud existencialmente decidida de la naturaleza de criatura, queda puesta en entredicho por otra actitud también radical en el ser humano que es su libertad.

En este dinamismo está la tragedia del hombre, la grandeza del hombre.

Por eso sus actos religiosos deben ser algo radicalmente libre: porque Dios ha querido dar dignidad a la persona humana y esa dignidad pivota en su libertad. Palabra equívoca. Difícil existencialmente. Y aun esencialmente. Pero sin libertad, en los hombres Dios no hubiera tenido hijos, sino más animales, más cosas.

Es mejor quedarnos en la realidad: Puede rechazar el dominio de la creación que Dios le ha brindado (se lo ha ordenado). Puede utilizar esa inmensa palabra de Dios contenida en la creación, para blasfemar de su creador, haciendo un uso sacrilego de las criaturas.



Así como en Adán todos pecamos...

Frente a la luz, la tiniebla.

Frente al equilibrio, el desequilibrio.

Siempre en un contexto de misterio (la irrupción de una fuerza que pone en vilo las libertades humanas, incluso las más sanas como las de la primera pareja; y los proyectos divinos, en un continuo guerrar, más asiduo que el del mismo pueblo de Israel).

El pecado, superando esa dimensión ingenua y moralizadora del pecado o de los pecados, o de las cosas que son pecado, o de las cosas que pueden resolverse o catalogarse como pecados.

El pecado como fuerza que irrumpió en el mundo, es una versión del intento del hombre por destruir, de una potencia que, de alguna manera, compromete la vida del hombre. Es la angustia del hombre por depender. Pero esa dependencia reventó, hizo explosión y la rebeldía se instaló como una posibilidad de realizarse el hombre en oposición a Dios. (Allí, en los orígenes del pecado, hubo otro espejismo tan falso como éste: la aceptación de un Dios rival, cuando todo era argumento de su ser y querer de Padre).

Con el pecado como realización de la humanidad y como realización de los hombres, surge la conciencia del mal, de lo malo, del Malo y de los malos. Todo un abanico de posibilidades en el mundo de las tinieblas.

Y con una vivencia de difícil delimitación (sentimiento de dolor de los pecados y complejo de culpabilidad) pero extraordinariamente clave en la dimensión religiosa del hombre, que no sólo nace pecador, sino que sólo en este reconocimiento encuentra la paz de su postura más estable: sólo con el alma de rodillas está en su postura correcta. Habitualmente con un reconocimiento de culpa.

Es el **arrepentimiento** vivido por todos los que han sabido sintonizar con el corazón dolorido del salmista (Salmo 50). Es uno de los sentimientos religiosos claves en la personalidad humana. Sin subproductos ni camuflajes, sino con la lealtad de todos los elementos de un verdadero arrepentimiento, equidistante de la hipersensibilidad enfermiza y de la corteza elefántica de los que hacen tonto a Dios («es tan bueno») o hacen tonto al hombre («nunca es responsable»).

La postura del arrepentimiento anda el **vía crucis** del reconocimiento de una culpa personal, de una misericordia también personalizada, de una firme actitud de repulsa y por lo tanto de un propósito eficaz para el futuro. No se trata de una moneda para obtener el ticket del perdón. Es que se

trata de la única actitud receptora de perdón. Toda otra actitud sería superficial e ináncera.

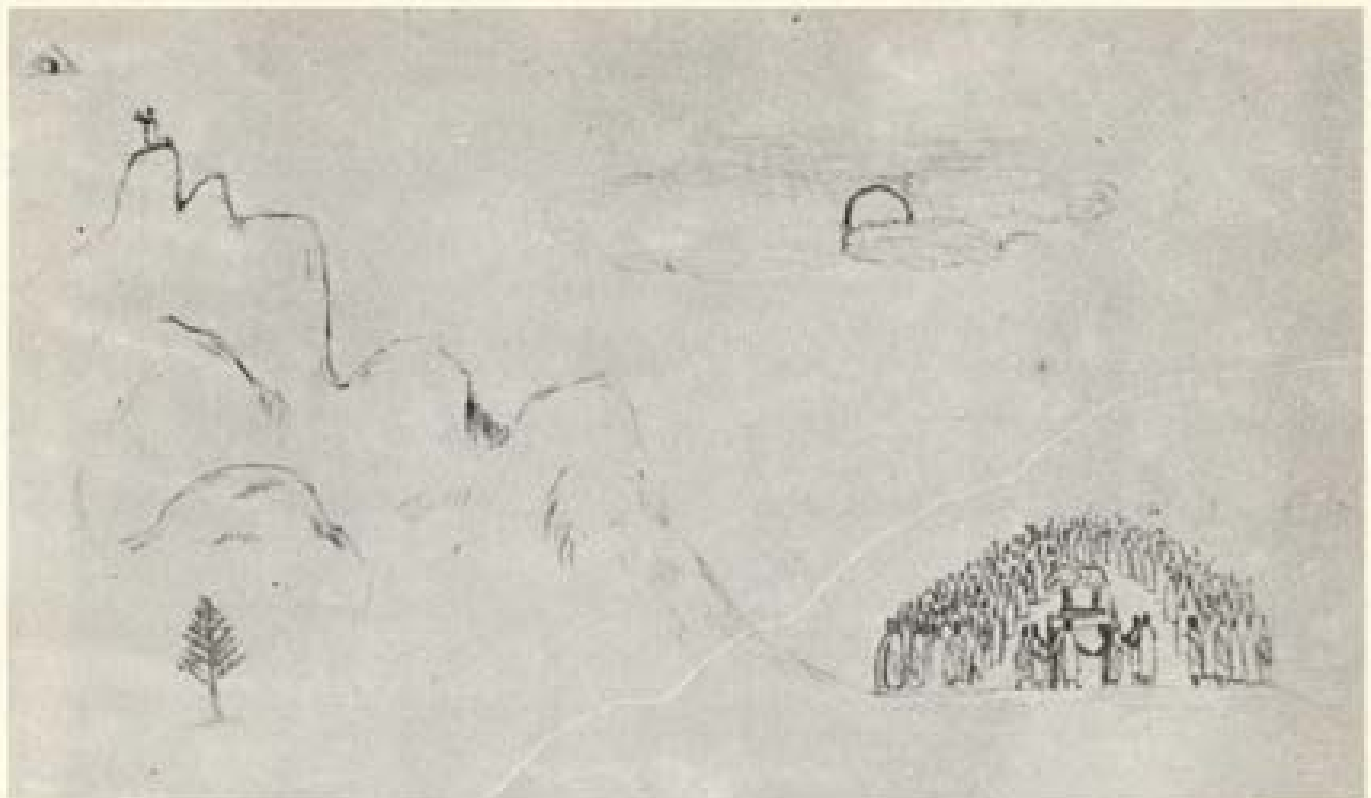
Y el hombre se siente **debilidad**: busca adherirse a una roca para sentirse sobre un cimiento firme. El ser criatura supone la debilidad de la contingencia. Es una debilidad esencial. Al saberse culpable vive una debilidad más existencial, que da matices definitivos a aquella otra debilidad inicial. Aceptar la debilidad es tender una mano. Es apertura. Es diálogo iniciado.

Cuando el pecado barró los cimientos del bienestar humano, dejó el paso libre al sufrimiento. Y el **sufrimiento humano** tiene también su doble vertiente religiosa. Excluimos toda esa concepción platónica de que el sufrimiento material es una liberación ascética de la materia y un camino unitivo hacia Dios. Estamos en un contexto cristiano: La doble vertiente es la del sufrimiento de ser material, en un mundo desequilibrado en el que todo tiene una repercusión sensible, muchas veces dolorosa. Y otro sufrimiento es el penitencial, redentor, con sentido de expiación de las propias culpas. De hecho esa expiación se hizo por la sangre y por la Cruz. Incorporarse a esa penitencia redentora tiene el sentido de cristianizar un sufrimiento que fue tortura para Job y lo sigue siendo para todos los que sentimos como en la carne propia el padecer de los seres inocentes.

No se trata de un sufrimiento-castigo, sino de un camino de vida. Un grano de trigo que se pudre y no tiene conciencia de su futuro. Su futuro es la espiga; y sufre de nuevo una tribulación para que la harina pueda ser consagrada en su día. Una uva que se muele o una aceituna que se machaca, y después quedan consagrados y con un destino totalmente imprevisible para cada grano. No entendemos el sentido religioso del sufrimiento. Lo vivimos. Sólo esa vivencia profunda nos lleva al **abandono en Dios**, (sólo Dios basta, en el sentido ambivalente del aforismo), a la verdad de la miseria humana (si desapareciera el sufrimiento, posiblemente desaparecerían la ternura, la entrega... y quizás toda verdad). Son pocas las personas capaces de la verdad, pero el sufrimiento nos fuerza a la verdad, casi de una manera carismática.

Una consecuencia del sufrimiento puede ser el desespero, la negación de la Providencia, el abatimiento. Pero otra consecuencia es llegar a la verdad sobre la situación humana. Es, con frecuencia, una irrupción violenta de Dios en nuestras vidas, cuando no le damos paso franco. Violentar el paso es desagradable, incluso cruel (como cualquier operación quirúrgica, fuera de contexto, es una auténtica salvajada.)





Sufrimiento de privación, de incomprensión, de aceptarse con infinitas lacras y limitaciones. En definitiva un sufrimiento al que han llamado: **humildad**. Sentimiento tantas veces falseado que ya hasta nos damos el gusto de orillarlo. Científicamente va contra la dignidad de la persona humana. Ascéticamente está totalmente pasado de moda, desactualizado.

Como consecuencia del pecado, el hombre se sitúa de bruces ante la muerte. Y esta realidad palpitante y esencial va a provocar un sinnúmero de posturas religiosas, muchas veces imprevistas.

La muerte entró por el camino de la anticreación, del pecado. Arraigó en una naturaleza lúcil para la siembra de cadáveres. Dios, omnipotente para resucitar a los muertos, exigiendo, como estipendio del pecado, la muerte. Y haciendo El mismo, de una manera personal y espantosa, la experiencia de la muerte. Quiso hacer un puente para que la angustia mortal tuviese un apoyo en su experiencia humana y el otro en su experiencia divina, al otro lado de la ribera.

Aparte de esta expiación impuesta, surge la expiación voluntaria que se llama **sacrificio**. Dejando aparte los sacrificios pequeñitos (los que pedimos a los niños en la víspera del Donund) sólo existe un sacrificio, con una víctima y un sacerdote único que nos integra a todos. La idea de sacrificio, empuerquecida cuando se trata de sacrificios de juguete; que se paganiza cuando se hacen sacrificios opresores

de la materia (por dominar el jumento de nuestro cuerpo a palos); que se minimiza cuando es sólo sentirse acorralados (como no tenemos otro remedio, tenemos que ofrecer a Dios ese sacrificio); es toda la vivencia de nuestra religión cuando se potencia con la misma vivencia religiosa del sacrificio de Jesús. Es dar al hombre la posibilidad de que su sentido religioso sea el mismo sentido religioso que vivió [y vive] Jesús.

Con esto hemos ya rozado el sentido de la **solidaridad**, que si es verdad en el aspecto de la gracia (a veces la llaman comunión de los santos) lo es también en la vivencia de los pecados del Cristo total. Tanto que «si alguien dice que está sin pecado, el mismo se engaña y es mentiroso». Porque Jesús, que todo lo hizo bien y a quien fue imposible encontrar el más mínimo deslíz, fue hecho pecado por Dios. Y así, solidarizado con el pecado, siente uno de una manera nueva, el valor (el terror, la responsabilidad) de todos los pecados. Los personales también. Sin insistir en numerarlos, distinguirlos por especies, catalogarlos, sino englobándolos todos en ese «poder del mal».

Por el pecado la muerte, y por el pecado el **trabajo**, que se puede vivir no de una manera meramente penal, sino sinceramente religiosa. El trabajo, cooperación con la creación divina, es reparación del destrozo o desquiciamiento producido en esa misma creación por el pecado. Es religiosamente lógico que el trabajo sea una pena por el pecado. Un trabajo de generaciones, solidario, que mejora un mundo que debemos hacer confortable «para todos».

Para que le llamásemos fiel, Dios nos hizo una promesa:

Luz en un fondo de tinieblas.

El desquiciamiento fue total. Pero surgió el Padre (que no llamó hijos a los ángeles) anunciando, con el castigo, su promesa de Recreación.

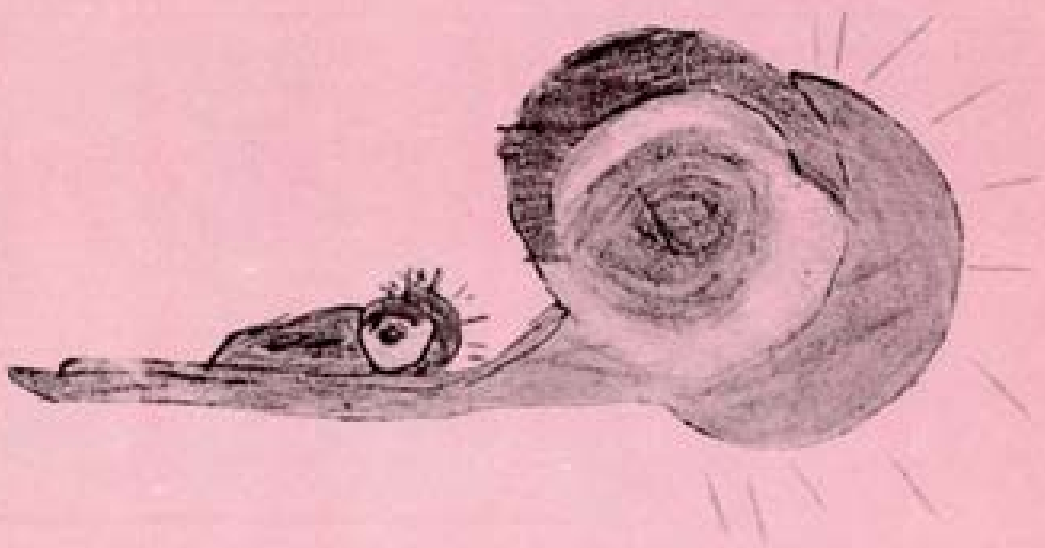
La promesa (Abraham) es enseñar al hombre a mirar a un futuro, que no es él mismo, sino alguien que es fiel y que tiene todas las garantías para que nos fiemos de Él. Enseñarnos a mirar a un futuro por cerrado que se presente (la esterilidad de los mayores). Aunque la cerrazón sea la muerte o la ignorancia de ultratumba. La esperanza hace que el hombre rompa la amargura de un existencialismo que está ama-

rillándose para defender su propia amargura. El aprendizaje de la esperanza como actitud religiosa es algo clave. Más ahora.

Nuestro lenguaje empequeñece las cosas de Dios. Y en el mundo religioso más que en los otros. Esa religión de sacristía fundada en «promesas» a santos para que nos concedan cosas. Es un poco como jugar a Dios: las promesas de los hombres que son tantas veces juegos de nuestro egoísmo. Queremos, con nuestra promesa, no dar, sino garantizar el recibir.

La promesa de Dios, soportada por siglos y generaciones





garantizando la esperanza del Mesías. No importa la paradoja de que cuando llegó «el Esperado» no estuviesen más que María, José y unos pastores llamados a toda prisa. Porque al nacer Jesús nació una nueva esperanza: esta vez definitiva. Su promesa garantiza el paso al otro mundo, y da sentido a la vida en éste. Los que han optado por vivir sin esperanza en este mundo, han logrado convertirla en un infierno.

Esperanza en un futuro, pero sobre todo esperanza en una persona. No importa que el camino de acceso esté jalonado con cruces, y que los crucigramas que nos impone la providencia tengan tanto de ternura o de acertijo. Las cuadrículas del crucigrama resulta que son libres y no es fácil escribir así la historia. Pero Dios la escribe, a pesar de las torpezas humanas. Y el destino no es tanto un final como un

comienzo, la realización de una promesa que comenzó allá, muy lejos, cuando Dios se empeñó en que le llamásemos «el fiel». Y su promesa se hizo tangible cuando se produjo el hecho de Jesús, el hecho de su resurrección, coronando una pasión y abriendo un nuevo ciclo de la historia. Esa persona es la roca, y es la **seguridad**, que si ha de ser un sentimiento religioso, no puede ser la seguridad de sentirse en regla, sino la de apoyarse en la fidelidad de alguien que hizo una promesa, que realizó una resurrección y sigue soportando así nuestra esperanza, más fuerte que la muerte. Jesús = salvación ya realizada. La partitura ya está compuesta. A algunos instrumentos no les ha tocado todavía la hora... a otros la batuta les va señalando el cese... sucesivamente. Pero la partitura que estamos todos interpretando se llama Jesús.

¿Alianza o Encarnación?

La realización de una promesa, que fue historia de esperanza (y desesperanzas mutuas, porque el pueblo fue muchas veces perjuro, y Dios lo sintió como adúltero) y es historia de la Iglesia. Porque surgió una nueva alianza rubricada con su propia sangre.

La alianza, al hacerse definitiva, supone ya una postura tomada por Dios. Acercarse ahora a Dios con una perspectiva filosófica tiene tanto de ingenuo... La apologética racionalista, la filosofía de la religión... esas grandes mentiras sobre Dios con apariencia de verdades deducidas. Sobre el Dios de la Alianza, no hay ninguna verdad deducida. Únicamente la respuesta a una revelación positiva. Y esa respuesta se llama aceptación y entrega: es la fe.

La Alianza fue llamar al hombre a la esfera de la vida divina (mundo sobrenatural). La Encarnación fue la intronización de Dios en la torrentera de la vida y de la sangre humana.

Desde que se produjo el HECHO DE JESUS todo el sentido religioso humano ha quedado resumido en su vida, que fue temporal, y sigue encarnándose en nuestros sentimientos religiosos siglo tras siglo. La Historia de la Iglesia y la historia espiritual de cada cristiano no es más que dar vida al Hecho religioso de Jesús en la propia generación. La mediocridad es una traición, y el martirio es prestar nuestra propia sangre para seguir sellando siglo tras siglo el pacto de alianza de Dios con los hombres. Y en todos los siglos habrá sangre derramada.

«En el final era Verbo, y estaba en Dios, y el Verbo era Dios»

El ciclo se cierra en el seno de Dios. Cuando toda la creación, cristificada, sea «el Verbo». Entonces lograremos, en plenitud, tener en nosotros los mismos sentimientos de Cristo N. S. Ese es el único sentido religioso posible. Esta-

mos hechos tan a semejanza de Dios que el sentido religioso del hombre consiste en la identificación de todos sus sentimientos con los de Jesús.